

lo veinticuatro horas, porque no bastarán á vuestras piadosas ocupaciones. Sucederá á menudo que los de vuestra familia tomen parte en los trabajos que emprendais, y tendrán mucho gusto en ayudaros; así se irán rompiendo poco á poco las cadenas que os unian con el mundo, y se multiplicarán las que os unan con el Señor.

Entonces es cuando llegareis á ser libre y esclava á la vez, libre de las vanidades del mundo, libre de los placeres del siglo, libre de las ocupaciones frívolas y de las bagatelas de la tierra; pero esclava de los pobres, esclava de la caridad, y esclava feliz de Jesucristo.

¡Oh y cuán noble libertad! ¡Oh y cuán gloriosa esclavitud!

Pues muy bien podemos llegar á ellas con la gracia de Dios. Así sea.

## CAPITULO XIII

### La Virginitad, antes y después de Jesucristo.

La virginitad ha existido en todas las épocas del género humano, y siempre ha impreso como un sello de grandeza á quienes la han practicado. El respeto natural que inspira esta virtud, no data solamente del tiempo del Cristianismo, pues todos los pueblos, aún los idólatras, lo han testificado. Los Griegos, los Romanos y los Ga-

los, tributaban honores casi divinos á las vírgenes, á quienes consagraban, muchas veces contra su voluntad, al servicio de sus falsas divinidades. Roma mantenía á las Vestales con las rentas del Estado, y las rodeaba de un lujo igual al de las hijas de los Césares; cuando subían al Capitolio les precedían los lictores, y los cónsules bajaban sus varas ante ellas, y si encontraban un criminal llevado al suplicio tenían derecho á pedir gracia para él. Y sin embargo, en la antigüedad la virginitad no era mas que una virtud natural, y por decirlo así, de aparato, virtud que se imponía muchas veces con disgusto y á pesar de las que la profesaban, que no la sufrían sino gimiendo, y por temor de las terribles penas con que estaban amenazadas si infringían aquellos votos de ellas detestados. Su repugnancia por la vida virginal era tal, que en tiempo de Tito y Vespasiano los mayores privilegios juntos con los mas grandes castigos, apenas bastaban á contener en su deber á las seis Vestales sobre cuya fidelidad reposaba el honor y la seguridad de la ciudad eterna. (1)

Y muchos siglos antes, cuando Jepté encontrando á su hija, de vuelta de un glorioso combate, le declaró con pena su imprudente voto; la jóven le dirigió solo esta súplica: "Padre mío, concededme solamente lo que voy á pedir. Per-

(1) Santa Cecilia y la sociedad cristiana en los primeros siglos, por Dom. Gueranger.

*mitid que me retire á las montañas por dos meses, con mis amigas, para llorar allí mi virginidad.* Es fácil concebir el dolor de esta jóven, ya sea que debiese recibir realmente la muerte ó que solo permaneciera en una perpetua continencia, puesto que en ambos casos tenía que morir sin posteridad. En aquellos tiempos pasaba el celibato por un oprobio y la esterilidad como una maldición. Estaba reservado al Evangelio el crear en el mundo otro espíritu, y el elevar á la virginidad al rango de un triunfo y de una virtud. (1)

Este espíritu ha sido creado con efecto, y esta maravillosa trasformación se ha obrado tan bien, que antes de Jesucristo se lloraba el ser vírgen, y después de Jesucristo se llora el no serlo.

Oh santa virginidad! antes que el Hijo de Dios hubiera aparecido sobre la tierra, las jóvenes te huían y las raras cautivas que tenías, buscaban sin cesar como romper tus cadenas. Pero desde que Cristo apareció, "Él ha venido á tí" y ha secado tus lágrimas, y poniendo sobre tu frente una diadema de gloria, y tendiéndote su mano divina te ha estrechado sobre su Corazón y te ha proclamado su esposa, y por esto las jóvenes han acudido en tropel á arrojar en tus brazos y las Ineses, las Catalinas, las Cecilias y las Aguedas, han menospreciado por tí los placeres y los honores, y han afrontado los mas crueles suplicios.

---

(1) Mons. Darboy. Mujeres célebres de la Biblia.

"En el siglo IV se vió á la jóven Demetria en vísperas de contraer un opulento matrimonio, desconsolada al ver deshojarse su corona de vírgen, llegar deshecha en lágrimas, á los pies de su madre y de su abuela, declarándoles que quería permanecer vírgen y consagrarse toda á Jesucristo: y la madre y la abuela lloraban de gozo al anuncio de tan buena nueva. (1) También se vió á Blesilla viuda, jóven de veinte años, hija de Santa Paula, mostrar menos dolor de ser viuda que de no ser ya vírgen.

A santa Isabel de Hungría la encontraron una vez llena de lágrimas, y como le preguntaron la causa, dijo: lloro por no conservar aún mi virginidad. ¡Que no hubiese yo conocido antes las ventajas de la virginidad! pues habría preferido seguramente la corona de vírgen á la de esposa y de madre. (2)

---

(1) Vida de Santa Paula, Abate Lagrange.

(2) Vida de Santa Isabel de H. M. de Montan lembert.

## CAPITULO XIV

La Virginitad en el siglo XIX.

### I.

UNA DE LAS LLAGAS DE NUESTRA ÉPOCA.

El hombre es quien hace las leyes, se dice, pero la muger es quien forma las costumbres. Y esto es muy cierto. ¿Pero cómo forma la muger las costumbres?.... Por el uso que hace de su corazón y la dirección que imprime á sus afectos.

Cuando en un país guarda la esposa para su esposo todos sus afectos, cuando la madre consagra á sus hijos todo el amor, y toda su abnegación, cuando la joven reserva á los autores de sus días toda su ternura, aguardando que Dios disponga de su corazón para atraerlo á sí ó para unirlo á un esposo terreno; cuando en un país ama la muger de esa suerte, y por encima de esos amores campée el amor de Dios para fortificarlos y ennoblecerlos, entonces las costumbres serán sanas y el país estará en seguridad.

Pero cuando la muger ama mal á los que debería amar, cuando se deja extraviar por afectos culpables, cuando Dios no está ya en su corazón para reprimir sus pasiones y sus inconstancias,

entonces va entrando la corrupción en su patria, y no está lejos su decadencia.

Mas ay! esta es justamente la llaga de nuestro siglo: la muger no sabe ya guardar su corazón..... Jamás, tal vez, ha sido tan frívola en sus afectos. En la Francia, muy especialmente, parece que el mal aumenta cada día: ¡oh y cuantos corazones se ven, semejantes á los niños mal educados, que gritan, lloran y alborotan para decidir á su madre á concederles un juguete que apetecen, y después de haberse divertido un instante con él, lo arrojan con disgusto, y comienzan á lanzar nuevos gritos para obtener otro que romperán tal vez con ira!

Ah! si Jesucristo descendiese á nuestra nación, y si en la tarde de los domingos y días festivos recorriese nuestras calles y nuestras ciudades, ¡oh y cuantas Magdalenas y Samaritanas encontraría á su paso!

Hé aquí el gran mal de nuestra época, he aquí la causa de su corrupción. Pero ¿en donde se encontrará el remedio?

### II.

UN REMEDIO PARA EL MAL.

Si por la muger ha venido el mal, por ella debe ser reparado; y si por el corazón ella ha caído, por el corazón necesita expiar su falta y levantarse.

El remedio de este mal es la virginidad, y la virginidad guardada en medio del mundo. Sobre el sitio del mal es necesario aplicar el remedio, y como la corrupción está en medio del mundo, en medio del mundo es donde debe derramarse el bálsamo purificador.

Al lado de tantos corazones manchados, en los que el Hijo del hombre no encuentra donde reposar su cabeza, es preciso que se encuentren corazones de vírgenes, que sean todos y enteramente para Él. Al lado de esos corazones que se arrastran en el fango de amores culpables, se requieren corazones generosos, que sepan sacrificar los legítimos afectos de esposa y de madre para inmolarse al casto amor del hombre Dios. Al lado de esas frentes deshonradas por el vicio, es preciso que luzcan frentes inocentes en las que irradie la pura aureola de la virginidad. Al lado de las vidas ocupadas en voluptuosidades, se necesitan vidas ocupadas en obras santas y en la privación de los placeres de los sentidos. Al lado de esas turbas que corren á los espectáculos perversos y á las reuniones criminales, se han menester vírgenes que bajo la mirada de Dios ó á la sombra del santuario, oren por la patria culpable y atraigan sobre ella las misericordias del cielo.

Refiérese en el antiguo Testamento que los habitantes de Sodoma se habian hecho tan corrompidos que Dios se resolvió destruir aquella ciudad infame; pero Abraham que amaba tiernamente á sus hermanos y quería salvarlos, se presentó de-

lante de Dios, diciéndole: Oh Señor, ¿perdereis al justo con el impío? Si hubiera cincuenta justos en Sodoma, no perdonarias á la ciudad?—“Sí; si la perdonaré,” dijo el Señor.—Pero si no hubiera más que diez? se atrevió á preguntar el Patriarca.—“Tambien la perdonaré,” dijo el Señor. Pero no se encontraron diez justos en Sodoma, por lo que al día siguiente calló sobre ella una lluvia de azufre y de fuego, que la redujo á cenizas con todos sus habitantes.

Nuestra nación, ay! es otra Sodoma, pues que la corrupción mas espantosa mora en su seno: sus trajes, sus espectáculos, sus escritos, sus grabados y pinturas, llaman sobre ella la venganza divina!—Pero Señor! perdereis á las vírgenes con los impíos? No teneis acaso para con ellas predilecciones inefables?

Oh Señor! si hubiera en nuestras ciudades unas vírgenes que viviendo en medio del mundo en la castidad y la inocencia, ofrecieran sus cuerpos y sus almas como otras tantas hostias puras y agradables á vos, ¿no las perdonaríais por amor á ellas?

¿Las vírgenes romanas, no obstante el ser paganas, no veian á los lictores bajar ante ellas su vara, y no tenian poder de alcanzar gracia para los condenados á muerte que encontraban á su paso?..... Pues ¿cómo las vírgenes de nuestra nación, que son esposas de vuestro Hijo, no verán bajar ante ellas la vara de vuestra celestial venganza? ¿Rehusareis, Señor, á esas inocentes criaturas la salvación de su patria?

Dos veces habeis concedido á las vírgenes la salvación de la Francia; la una en el siglo IV, cuando ya habíais resuelto castigarla por Atila, vuestro azote; pero ante la vírgen Genoveva, vos os habeis dignado detener la mano de vuestra justicia. La otra vez fué en el siglo XIV, cuando los Ingleses amenazaban destrozarla, y entonces, habeis vos mismo suscitado, y sostenido, y fortificado á la vírgen de Domrémy, y el enemigo se ha retirado vencido!

Oh Señor! fijad vuestros ojos sobre nosotros, ved como del seno mismo de la corrupción, se levanta una nueva falange de Vírgenes que os piden misericordia. Cómo podreis vos rehusárselas? cómo permanecerá vuestro oído insensible á unas voces tan puras?.....

### III.

#### INFLUENCIA DE LAS VIRGENES EN LA SOCIEDAD ACTUAL.

Para poner mas en claro las cuestiones tratadas en este capítulo, será bueno reproducir aquí algunos pasajes de un libro escrito hace algunos años en el mediodía de la Francia:

“Esta proposición:—ó el convento ó un marido,—es el colmo de la necesidad ignorante ó de la mala fé mas escandalosa.

“Hay vírgenes que quitan en medio del mun-

do por un motivo sobrenatural, porque Dios las llama á un particular género de vida en el que practica tál bien, y que en clase de religiosas, separadas del mundo por el hábito, por el claustro ó por otros medios no lo podrian realizar. Sí, estas vírgenes existen y hacen un gran bien. Digámos con el Apóstol: cada uno tiene su don particular, según que lo recibe de Dios, uno de una manera y otro de otra. (1)

“Por qué admirarse de que se encuentren aún en el mundo muchas vírgenes? Por qué repetir esta palabra que no tiene sentido:—Mejor harían en dejarlo todo é irse á un convento?—Su presencia en el mundo es uno de los medios empleados por la divina misericordia para salvar á la sociedad, é impedir que se precipite en un abismo sin fondo.

“Que haya, en el mayor número de familias cristianas, una vírgen sinceramente sacrificada, que por la abnegación de sí misma y de todas las ventajas de la tierra, no tenga mas que un solo deseo, el reinado de Jesucristo en los corazones y el triunfo de la pureza y de la inocencia, y vereis renovarse los milagros obrados en los primeros tiempos, y la sociedad volverá á ser cristiana.

“Interrogadas con prudencia muchas jóvenes, madres de familia, y hombres de edad madura, confesarían que la vista de una vírgen ferviente, generosa, aplicada á todos sus deberes, enemiga

(1) 1. Cor. VII.

del mundo y de sus placeres, los ha preservado de mil caídas, ha hecho nacer en sus almas santos pensamientos y los ha reconciliado con la virtud.

“¿Quién dirá el celeste perfume que deja tras sí una virgen que se encuentra en un salón, engalanada solo de su candor, adornada de una celestial modestia y que se sabe muy bien haber renunciado voluntariamente á todas las ventajas de la tierra para hacer á Jesucristo el sacrificio de sus riquezas, de su belleza y de sus encantos? ¿Cómo penetran en los corazones, los discursos de este ángel mortal, cuando tienen la dicha de oírle!

“La virginidad consagrada á Dios, hace un bien inmenso en muchas familias, en cuyo seno se la vé brillar con mas vivo esplendor. Oh cuántos sacrificios sublimes aparecerán en el gran día, cuando todo será manifestado por el soberano Juez, remunerador supremo de la virtud! Entonces se sabrá lo que deben á una virgen modesta, de frente pura y coronada de inocencia, un padre y una madre, tal vez antes adversarios de la virginidad; entonces se sabrá lo que deben á una hermana virgen, los hermanos ingratos, que solo lo son porque no son virtuosos. ¡Qué ricos tesoros se expondrán entonces á nuestra admiración!

“Si la sociedad debe ser salva, si la gracia debe triunfar del espíritu del mundo, la virtud del vicio, y el bien del mal, deberemos esta resurrección tan largo tiempo deseada, tan ardientemente invocada, la deberemos á las vírgenes de Jesucristo, y á la eficacia de la virginidad.

“Si hemos concebido grandes esperanzas para un porvenir tal vez no muy lejano; si saludamos con trasporte la aurora apenas naciente del gran día que debe traer entre nosotros la fé y la piedad de los siglos cristianos; es que vemos muchas vírgenes que marchan á la conquista del mundo. La virginidad que ha matado al paganismo antiguo, matará al moderno paganismo, que no es otra cosa que el sensualismo en que la filosofía ha precipitado á las naciones.

“Las vírgenes militan en contra del vicio y de la corrupción del mundo, y su amor para con Jesucristo, preservará á la tierra del nuevo diluvio con que nos amenaza la cólera del cielo.

“He aquí cual es nuestra convicción, tan sincera como profunda.” (1)

#### IV.

#### CONCLUSIÓN.

Hace algunos años, en el de mil ochocientos cincuenta y ocho, la Virgen María fijó su mirada desde lo alto del cielo sobre la Francia, su reino muy amado, y viéndola marchar á grandes pasos hacia el abismo, quiso darle una prenda de amor

(1) La Virginidad, dedicada á la Virgen inmaculada. Libro escrito en Marsella en el año de 1855, por F. X. A. Conlin, Sacerdote de Jesucristo.

y de esperanza, dejando por algún tiempo su reino celestial para bajar á la gruta de Lourdes.

Como una buena madre que se acerca á su hijo enfermo, y le da con un tierno beso el remedio que debe curarle, así tocó la Virgen Inmaculada con su pie virginal el suelo de nuestra patria. Y ¡qué fué lo que entonces dijo á la pobre Francia, débil, lánguida y suspendida ya sobre el abismo?... Escuchad: "Yo soy la Inmaculada Concepción!" ¡Oh palabra profunda y saludable! Notadlo bien, la Virgen María no dice: Soy la Torre de David, soy la Madre del Criador, soy la Reina del Cielo; nó; ninguno de estos títulos de gloria y de poder asume ahora; sino: "Soy la Inmaculada Concepción," título bellissimo de castidad y de inocencia. Y como nota un piadoso autor, la Virgen María no solamente dijo: Soy María Inmaculada, pues eso no bastaba, sino: "Soy la Inmaculada Concepción!" Es como si hubiera dicho: No soy sólo pura, sino la pureza misma, la virginidad encarnada y viva,—No solo soy blanca, sino la misma blancura. (1)

Ah! es que esta amable Madre conocía perfectamente la naturaleza del mal que devoraba á la Francia y sabía muy bien que la hija mayor de la Iglesia, que es su hija también, tenía menos necesidad de ser fortificada que de ser purificada,

(1) Nuestra Señora de Lourdes, por Henri Lasserre, I. IV.

y que su mal no era tanto la debilidad cuanto el sensualismo.

Ojalá y la Francia comprenda esta divina lección y que la virginidad llegue á producir innumerables retoños para fertilizar esta viña de que habla el Profeta Rey.

"Señor vos habeis trasplantado vuestra viña, y la habeis plantado en sus campos.

"Habeis hecho que crezcan sus raíces y ha llenado la tierra.

"Su sombra ha cubierto las montañas, y sus retoños han sobrepujado los cedros mas altos: ha estendido sus pámpanos hasta la mar, y sus renuevos han llegado hasta el río."

Entonces podremos decir con David: "Oh Dios de las virtudes, volved á nosotros, mirad desde lo alto del cielo, venid y visitad vuestra viña.

Hacednos volver á vos, haced lucir sobre nosotros vuestra luz y seremos salvos!" (1)

(1) Ps. 79.